

LA EPOPEYA DE LA POESÍA

SER POETA MÁS ALLÁ DE LAS PALABRAS

UN memorable día, los poetas, todos los poetas del mundo, que vivían aislados, diseminados por todas las regiones de la Tierra, decidieron juntarse y, todos a una, formar una comunidad universal: la Asamblea Mundial de los Poetas. Así podrían mejor conocerse entre ellos, e intercambiar sus creaciones, tan frecuentemente poco valoradas fuera de los círculos de aficionados (que cada día iban siendo menores). Pretendían vencer ese tipo de soledad de vivir como extranjeros en su propia patria y familia, y superar tantas dificultades para que sus versos fueran parte de la vida cotidiana, luz en los caminos de una humanidad que busca superarse continuamente, hacia metas siempre más humanas. (La gran intuición de la carta fundacional de la Asamblea Mundial de los Poetas, era, que, la poesía guardaba el secreto de en qué consiste una auténtica Humanidad y un Hombre verdaderamente humano).

De entrada, no hubo dificultad alguna por el uso de tan numerosas y diferentes lenguas vernáculas; pues resultaba que la poesía universal siempre había nacido al amparo de un idioma singular. Hasta el punto que llegó a parecer imposible su traducción a otro idioma. Pero, la Asamblea Mundial de los Poetas acertó a comprender que la verdadera poesía es aquella que, al traducirse a otro idioma, sigue siendo poesía. Al fin y al cabo, lo más importante en poesía, no es el idioma en que se vierte su verdad y su belleza, sino el trasfondo de fidelidad a todo lo humano en que se inspira su autor.

¡Sí! ¡Sí!; dijo la comunidad de los poetas: no puede separarnos el idioma, cuando hay algo más grande que nos une: el amor y la defensa de la vida en el Universo. Pues, al escuchar a cada poeta en su habla familiar, todos percibimos que su mensaje esencial no se encierra en el mero sentido de sus palabras, así como tampoco en la cadencia de su ritmo versátil. Es un movimiento que enlaza pasado y futuro en el presente, y nos hace intuir lo que puede ser, más allá de todo lo que ahora es.

¡Fue un gran descubrimiento en el seno de la comunidad de los poetas! La verdad humana no se encierra en palabras. La belleza de la vida, rompe todo marco conceptual y preceptivo. Vida y muerte, bien y mal, tú y yo, nosotros y vosotros..., son maneras erróneas de enfrentarse a la realidad. Quien separa la muerte de la vida, el bien del mal -dijeron a una los poetas-, siembra la división dentro de sí mismo y del Universo.

Por demás, con palabras se puede (se suele) condenar lo más sagrado y justificar lo más inicuo de este mundo. ¿No ha ocurrido así, más de una vez, cuando se ha acudido a la poesía (a la palabra versificada, ¡naturalmente!), para defender intereses privados y espurios, contra valores inalienables de la vida, tales como la libertad, la felicidad, la creatividad y el abrazo? ¡Jamás tomaremos por poesía aquello que no haga vibrar los corazones por un bien público, universal! Hay palabras brillantes y olorosas, que son como flores, cuyo cáliz destila un veneno mortal. En todos los idiomas se mata con palabras sutilmente engarzadas en torno a verdades a medias y poderes que ocultan (pretenden ocultar) su garra dominadora, mortífera. ¿No es función de la poesía, en todos los idiomas, purificar el lenguaje de los virus del poder, de la competitividad y el

“¡sálvese quien pueda!”, que inficionan la simple alegría de vivir y la sana pacífica convivencia?

¡Fue un momento feliz en la comunidad de los poetas! Amemos la palabra, sí; pero la palabra desnuda que se dirige a corazones sedientos de vida, de amor, de verdad... No pretendamos, jamás, que todos nos escuchen. Ni nos preocupe que sean tantos lo que se pierden lejos de nuestro mensaje de aliento vital. Pero busquemos, sí, busquemos a los hambrientos de vida, de justicia y de paz, que existen en todos los rincones de la Tierra, y son los verdaderos destinatarios de la poesía verdadera.

Fue, ciertamente feliz, este momento en la comunidad de los poetas y para el orbe creado, porque un nuevo poeta, un rapsoda errante por los caminos de Galilea, radicalizó el sentido y el alcance de la poesía afirmando con todo su ser: ***La letra mata; el espíritu, da vida.*** No todos sus colegas entendieron el alcance de tan revolucionaria tesis. En ella se afirmaba que no existe poesía que no se confirme/conforme con la vida del poeta. Que no es poeta el que escribe (presuntamente) poesía, sino el que hace poesía con su propia existencia. La “letra” se distingue del poema en que aquella es formulación verbal de un concepto o imagen, que nos pone en movimiento hacia su verdad particular profunda; en tanto que el poema es “espíritu” que da vida, porque es la verdad encarnada en realidades humanas defendidas y compartidas.

No pueden acercarse al poema quienes se esfuerzan por hacer un mundo y un hombre a su imagen y semejanza. La poesía, el poema, nos hará ver quienes somos y para qué estamos en este mundo. Nadie se basta a sí mismo. Ninguna ideología puede resumir la vasta hermosura del cosmos. Ningún poder político, económico ni social, puede poner en marcha un orden nuevo, es decir, un orden mundial basado en el “todos nos necesitamos y aquí nadie sobra”. El poema, sí. El poema sospecha de todas las palabras y cree sólo en el amor.

La Asamblea Mundial de los Poetas había puesto en marcha, sin haberlo deseado ni previsto, una verdadera revolución mundial: la revolución de los que no se apoyan en palabras, definiciones, leyes, dogmas, programas... para hacer el bien. La revolución del poema: la creación es obra de todos los que la aman más que a sí mismos. El más declarado y fatal enemigo de la poesía es el individualismo que niega (u olvida) que nada bueno, bello y estable puede hacerse sin la participación de todos y cada uno de los elementos que pueblan la creación en marcha.

La revolución de la poesía vino a ser -desde mucho antes de Homero y Gilgamés- el desafío constante con que se encuentra la humanidad histórica: nada que camina aislado del resto de cuanto existe tiene futuro. *Aquel que camina una milla sin amor, camina hacia su propia sepultura* (W. Whitman). La revolución de la poesía, con su demanda de comunión y de abrazo, con su valoración básica de lo cotidiano y pequeño, con su capacidad de abrir horizontes humanos antes insospechados..., está llamando a las puertas de todo sistema de pensamiento, de toda organización política, de toda estructura religiosa, de toda metodología educativa..., para que acepte su insuficiencia, su incompletez, e incluso, su inutilidad total, si no se abre al poema: a la acción/creación entre todos, sin excluir a nadie, valorando la aportación de cada uno, y predileciando en la construcción del edificio común aquellos materiales que proceden de los lugares más olvidados y menos apreciados por los constructores de turno. En el poema todos somos

actores y receptores de una fuerza que no podemos dominar para ponerla al servicio de fines particulares de ningún signo.

La revolución en marcha de la poesía nos recuerda sin cesar: ¡Sólo salva el poema! ¡No hay salvación/realización/liberación real para la humanidad histórica fuera de la creación que, comenzando por el espíritu de encarnación del propio poeta, se expande y disuelve como la sal en el agua, la levadura en la masa y la luz sobre la superficie de los seres! Por eso, quien ha hecho suyo un solo poema de un auténtico poeta, siente que la salvación camina con él, sin temor alguno a ninguna pérdida posible. El poema -la Creación entre todos- nos enseña a valorarnos a nosotros mismos, cada uno como parte de un todo, un todo que a todos nos necesita. Un todo sin el cual nunca sería yo, ni podría abrirme a una multitud de abrazos que sostienen mi identidad.

Desde su irrupción en la Asamblea Mundial de los Poetas de aquel que vino para ser *Palabra hecha Carne*, dicha Asamblea dejó de ser una ciudadela, una república separada y regida por sus propios principios. Todos los poetas que vinieron después comprendieron que había venido para hacer poesía con sus vidas, y no meramente con sus palabras. Comprendieron que el valor de la palabra estaba en la cantidad de sangre y humores del cuerpo humano con que estuviese amasada. Comprendieron que sus palabras no tenían poder para construir el poema, si no se las prestaban las angustias, las luchas y las esperanzas de cada generación. Comprendieron que la poesía -el poema- es el eslabón que ata entre sí todas las energías positivas del Universo, al par que nos fortalece para no dejarnos vencer por las energías negativas con que también contamos.

...y nunca más quisieron los poetas volver a formar una comunidad aparte. Sería la muerte de la verdadera poesía. Ser poeta es ser para, por, con, de... todos los seres. No es lo importante para ellos ser reconocidos como tales poetas. Les basta con serlo en la oscuridad, en el anonimato, en la clandestinidad... ¡Pero siempre en abrazo! La lección mejor aprendida de los poetas que renunciaron a la superficie del vivir, para ahondar en las profundidades del corazón humano, es que todos estamos llamados a ser poetas; todos, en algún grado y medida, ya lo somos. Pero ¡ay!, ¡cuán pocos buscan los caminos de la poesía para llegar a ser ellos mismos, para alcanzar la plenitud de sus valores humanos compartidos con muchos! Desde que aquel poeta dijera: *la verdad os hará libres*, no ha habido ningún poeta auténtico, sincero, fiel a su poesía, que no haya buscado, por encima de todo otro interés, hacer de su paso por este mundo una siembra de amor en el olvido de sí.

En Archena (Murcia), 21 - IV - 18